

El público aplaudía estrepitosamente.

Yo conocía ya el asunto por los periódicos; los actores eran muy malos y el público gente muy comun.

Dime, pues, por satisfecho con media hora de espectáculo; busqué un *cicerone* entre la multitud, lo cual me costó poco trabajo y menos dinero, y abandoné el teatro con intencion de venirme derecho á casa.

Pero el *cicerone*, que era un muchacho muy listo, lo dispuso de otro modo, y quieras que no quieras, me hizo pasar por delante de la casa en que nació *Ariosto*; pararme delante de otra en que murió, situada á media legua de la primera, y saludar el palacio *Guarini*, en que viven todavía los descendientes del gran bucólico.

Ahora me alegro mucho de haber hecho semejantes visitas á los Penates de dos genios que tanto amo; pero la verdad es que estoy rendido.

A bien que la cama que me ha caído en suerte tiene nueve palmos de anchura!—En cuanto á su fecha, yo creo que no bajará del siglo XV.

¿Quién sabe si esta cama formaría parte del mobiliario de los duques d'Este, vendido en pública almoneda en 1598, cuando la Santa Sede se apoderó de Ferrara?

¿Quién sabe si habrán dormido en esta cama Lucrecia Borgia y sus cuatro maridos?

Duca Alfonso, mio quarto marito!...

¿Quién lo sabe?

Lo que yo sé es que son las doce de la noche; que mañana he de madrugar á fin de llegar á Bolonia temprano; y que me estoy cayendo de sueño.

Con que muy buenas noches.

II.

El amanecer en Ferrara.—Viaje á Bolonia.—Las torres inclinadas.—Paseos por la ciudad.
—La academia de Bellas Artes.

Son las siete de la mañana cuando escribo estas líneas en una ancha, recta y larguísima calle de Ferrara, sentado á la puerta de una casa, cerrada todavía, pero donde debe de vivir alguien, pues oigo barrer en el piso principal; enfrente de la administracion de correos, que se abrió hace un cuarto de hora, y esperando á que acaben de enganchar cuatro caballos al carruaje que ha de conducirme á Bolonia.

La mañana no puede estar mas hermosa, aunque bastante fria. Anoche ha escarchado mucho. El cielo se halla azul y limpio, como si Dios acabara de crearlo. El sol sale en este instante... y por cierto, de una manera muy original y sorprendente, que no debo pasar por alto.

La calle en que me encuentro termina en una puerta monumental, (*Porta*

di Po) compuesta de tres arcos desiguales, que se dibujan graciosamente en una verde llanura y en el turquí del firmamento.—Ahora bien: al sol le ha tocado hoy salir precisamente por aquel punto del horizonte que se divisa por el arco central de la *Porta di Po*. Ha habido, pues, un momento (hace un minuto) en que el astro del dia asomó su disco por el medio punto de la tallada piedra, como un glorioso rey que entrara en la ciudad bajo un arco de triunfo.

En cuanto á su luz, todavía penetra fúlgida y rutilante por aquel magestuoso rompimiento, inundando de vividas llamas toda la longitud de la calle.—Diríase que un cañonazo de luz, disparado en el remoto oriente, ha abierto tres brechas en el muro que cerca á Ferrara, y barrido y dispersado las tinieblas, acampadas hacia catorce horas en esta silenciosa calle.

Ferrara duerme todavía.—Por donde quiera que miro, solo veo enormes casas cerradas. Las únicas personas que hasta ahora han dado señales de vida son los dos ó tres dependientes de la diligencia, que conversan á su modo con los caballos; un señor que se pasea por la acera de enfrente, y en el cual adivino un compañero de viaje; la criada de la casa á cuya puerta estoy sentado (y digo *criada*; porque ya ha empezado á amenizar el barrido con algunas canciones,) y yo, que escribo y tomo el sol á un mismo tiempo, experimentando un bienestar y una alegría que no se como esplicarme.

Al fin de esta calle, y cerca de la puerta citada, se distingue una esbelta columna, levantada en honor de *Ariosto*.—El daros esta noticia, me ha costado un paseo desde aquí á la columna y desde la columna hasta aquí.

¡Qué hermosa mañana!—Ahora será todavía noche completa en mi país natal.—Si alguna persona cara á mi alma ve hoy desde aquellas tierras la salida del sol, no sospechará seguramente que el astro benéfico me ha visto á mí dos horas antes que á ella, y que lo que ella toma por el primer rayo del dia es un destello cualquiera de los que yo veré lanzar al padre de la luz cuando ya se encuentre muy levantado en mi horizonte.

Mientras discurro de esta manera, la campana de un templo vecino ha empezado á tocar á misa.

¿Qué santo es hoy?—Estamos á diez y nueve de noviembre... *Santa Isabel*.—Hoy, en España...

¡España! ¡Siempre España!—Hubo un tiempo, cuando yo la daba de filósofo, de *esprit fort*, que no creía en el amor de la patria; que lo juzgaba un sentimiento artificial, anticuado cuando menos, hijo de crueles preocupaciones.—«Todos los hombres son hermanos, me decía: las fronteras son una iniquidad inventada por los conquistadores y por los déspotas; toda la tierra es patria de toda la humanidad; las demarcaciones y delimitaciones que separan á unos estados de otros, no son sino convenciones tiránicas que anulará la civilizacion.» Y hasta lei libros y periódicos que hablaban de esta manera.

¡Oh! los que así pensáis todavía, salid de vuestra patria; recorred una ciudad que no se diferencie en nada de las que visteis en vuestro país; prestad oído atento á la campana católica, que toca lo mismo que en el pueblo que os vió

nacer, y experimentaréis una honda pena, un frío de soledad, una extrañeza melancólica que no sentisteis nunca en vuestra nación, aunque os halláseis en ciudades desconocidas y muy apartadas del lugar de vuestra cuna.



Bautisterio de Pisa.

Y es que os parece que la campana habla otro idioma; es que el aire carece de diafinidad y se interpone como un muro entre vos y el horizonte; es que el cielo se os aparta y os niega abrigo, como diciéndoos:—*No te conozco...* Es que la patria existe; es que cada hombre tiene una patria, como tiene una madre; es que esa patria y esa madre no se pueden reemplazar con otras. Los amores y las

aficiones cambian de término y de objetivo; el respeto, la gratitud y el temor con que el hijo ama á su padre pueden sentirse alguna vez por un bondadoso pro-



Pio IX.

tector, por un sabio maestro, por un confesor, por un héroe, por la virtud, por el arte, por Dios...; pero el amor á esas dos madres que nos llevaron en su seno, que nos nutrieron con su sangre, que nos calentaron contra su corazón, que nos

echan de menos en sus entrañas; el amor á esas madres, de las que una nos reclama antes que nacemos y la otra despues que morimos; sentada aquella al borde de una cuna, sentada esta al borde de nuestra tumba; ese amor, digo, es alma de nuestra alma, vida de nuestra vida, ser de nuestro ser, como el eterno tipo de nuestra forma terrena,—que nunca altera sus primitivas líneas, á pesar de la incesante renovacion de nuestro cuerpo.

Mas hé aquí que una puerta se abre, á pocos pasos de la que me sirve de escritorio...

Ya era tiempo de que sucediera algo; pues de no suceder nada, Dios sabe á dónde habría ido á parar esta hoja de mi cartera.

¡Hola! una jóven que va á misa... ¡Estraña fisonomía y estraña vestimenta! —Yo conozco algo semejante...

Sin duda es una judía.

Bien puede serlo.—El gobierno pontificio, menos meticoloso que los que en otros pueblos imperan en su nombre ó *siguen su política*, practica la tolerancia religiosa.

La judía permanece en frente de la puerta por donde ha salido.

Quizás espera á otra persona.

¡Ecco! la judía es la criada y ahora sale el ama.

La judía es bella; pero la señorita á quien custodia lo es todavía mas.

Ninguna de las dos tendrá veinte años.

La señorita lleva vestido de seda negro, mantilla española, y un devocionario en la mano.

¡Madrugadora devocion!

La judía cierra la puerta y guarda la llave.

La señorita nos mira á los pocos personajes que estamos en la calle; mira despues á los balcones de su casa; mira en fin al correo... y en esto empieza el segundo toque de misa.

La señorita gira entonces sobre sus menudos pies, y toma por la calle arriba, como atraída por la campana.

En esto la judía se le incorpora; le habla... y las dos dan media vuelta; tornan á bajar la calle, y se dirigen al correo.

La señorita se para á alguna distancia de la reja de la administracion, y finge que se arregla el peinado, el vestido y la mantilla, y que está sosegada é indiferente.

Pero yo veo el temblor en sus hermosos ojos negros, que no saben donde fijarse, y en su blanca y fina mano, que no acierta á encontrar las agujas escondidas entre el pelo.

Entre tanto, la judía se acerca á la reja: habla con el administrador de correos; vuelve al lado de su ama; consulta, y torna á la administracion.

La señorita se pone muy colorada; échase el velo, y sin esperar á la judía, toma otra vez el camino de la iglesia.

A los pocos pasos se para y vuelve el rostro con disimulo.

¡Oh divina alegría!—La criada corre ya hácia ella, enseñándole una carta.

Riense las dos, ahogando en aquella risa de completo alborozo todos los escrúpulos del miedo, del pudor y de la cortesía, y una vez mano á mano, echan á correr, que no á andar, con direccion al templo, á cuya puerta llegan precisamente en el instante en que empieza á sonar el tercer toque.

—¿Y á qué va la judía á misa? me preguntará ahora alguno.

—¿Y á qué va la cristiana? le replicaré yo.—A pensar en la carta que ha recibido, y tal vez á leerla!

Pero no seamos hipócritas.—La verdad es que esa escena me ha encantado.

¿Cómo no? En todo lo que acabo de ver hay algo de la *Lucía* de Manzoni, de la *Julieta* de Shakspeare.

Es el eterno poema italiano: amor, guerra, misa, criada... ¡todo!

Porque yo no dudo que esa carta viene de las orillas del Volturno ó de los torreones de Gaeta.—La elegante madrugadora sueña todas las noches que su amante ha muerto en una batalla... y por eso va todos los días á misa, á pedirle por él á la *Madonna*, y llega de paso al correo...—Porque los padres ignoran estos amores... ó se oponen á ellos...—De otro modo no habría drama!—Convengamos en que se oponen.

Pero ya está dispuesto el carruaje.

¡Adios, Ferrara!...

Estamos en Bolonia.

Cinco horas de paseo en coche por un jardín: hé aquí el viaje que acabo de hacer.

Las diez leguas que separan á Ferrara de Bolonia son amenísimas. Básteos saber que he pasado horas enteras viendo á los dos lados del camino interminables llanuras plantadas de árboles, rigurosamente alineados. Casi todos estos árboles eran frutales ó moreras. Al tronco de cada uno se enredaba una pomposa vid, que nacia á su pie; y como si esto no fuera ya bastante exigir á la madre Cibele, los espacios de tierra que mediaban entre los árboles y las cepas se veían sembrados de cereales.—No puede darse mayor fecundidad.

Al atravesar algunos terrenos pantanosos, he visto muchos búfalos domesticados que se revolcaban á su sabor en las aguas estancadas.—Su imponente bramido, muy mas formidable que el de su pariente el toro, prestaba una severa voz á aquellas deleitosas soledades.

Lo primero que divisé al acercarme á Bolonia, fue una de sus célebres *Torres inclinadas*.—Confieso que no la ví sin emocion, no solo por su amenazante aspecto, que trae en seguida á la mente ideas de terremoto, sino porque satisfacía una de las primeras y mas vivas curiosidades de mi infancia.—*Las Torres inclinadas de Pisa y de Bolonia* figuran en el estrecho y maravilloso cuadro de la erudicion de todos los niños.—¿Quién ha olvidado el asombro con que oyó hablar de ellas á su catedrático de física?

La torre que yo veía es la mas estrecha y alta de las dos que encierra Bolo-

nia; la que lleva el nombre de *Asinelli*.—Su mole diagonal se dibujaba sobre la masa azul del próximo Apenino.

Poco despues descubrí la otra torre, llamada *Garisenda*, mas recia, mucho menos alta, pero doblemente inclinada que la *Asinelli*.—Y vi tambien innumerables cúpulas, campanarios, castillos, tejados y chimeneas... el panorama, en fin, de una importantísima ciudad.

Bolonia es, ó *era*, la segunda capital de los Estados Pontificios. Su historia se parece bastante á la de muchas ciudades de que ya hemos hablado; pero difiere en la predileccion con que siempre la miraron los Papas.—Etrusca en su origen, formó parte sucesivamente del imperio romano, de la dominacion lombarda y del imperio de Carlo-Magno. Despues fue república independiente, hasta que empezaron á disputársela varios príncipes italianos, que la ganaron y perdieron muchas veces, abandonándola siempre en poder de los Pontifices. En el siglo XV vuelve á ser república por otro poco tiempo, é incorporada nuevamente á los estados de la Iglesia por el inolvidable Julio II, permanece de este modo hasta 1796, que la invaden los franceses. Aquí empieza otra era de rápidas vicisitudes para Bolonia. De los franceses pasa á manos de los austriacos: piérdela estos en Marengo: recóbranla los franceses: es devueltá al Papa en 1815: súblévase contra él en 1831 (el que hoy se llama Napoleon III tomó una parte muy activa, con las armas en la mano, en aquella guerra contra Roma): es reducida de nuevo por la Santa Sede, con ayuda de los austriacos: levántase contra estos en 1848 y lucha desesperadamente durante seis dias.... ¡Esfuerzo inútil!—Bolonia inclina otra vez la frente bajo los hierros.—Llega, en fin, 1859; y no bien el Austria retira las tropas con que obligaba á vivir bajo el régimen teocrático á una ciudad que lleva por lema en su escudo la palabra *Libertas*, los boleneses proclaman por unanimidad su incorporacion al naciente reino de Italia...—¿Y despues?... Quiero decir ¿y mañana?—¡Mañana, Dios dirá!

Con ser tan interesante y dramática la historia de esta ciudad; al acercarme esta mañana á ella, no me preocupaban de ningun modo sus vicisitudes políticas. A mí me era familiar bajo otra forma. Bolonia habia vivido siempre en mi imaginacion como patria de la escuela de pintura que lleva su nombre; como arena en que lucharon el llamado *Francia*, los tres *Caracci*, el *Dominiquino*, *Guericino*, *Albano* y *Guido Reni*, y sobre todo, como asiento de las *torres inclinadas*.—Esta es la verdad.—Tambien resonaba en mis oidos la denominacion de *doctores de Bolonia*, que han llevado muchos españoles eminentes, y deseaba ver el *Colegio de Albornoz para españoles*, fundado hace quinientos años.

Entré, pues, en Bolonia á eso de las doce.

La ciudad se halla rodeada por un muro de ladrillo. Las calles son tristes, irregulares y sombrías. Casi todas tienen pórticos en vez de aceras. La gente me parece habladora y de buen humor. Ello es que el ruido y la animacion de los transeuntes contrastan con el tétrico aspecto de los edificios.

Bolonia encierra 75,000 almas.—¡Cuántas grandes capitales en tan poco terreno!

Las mujeres son-notables por su hermosura, por el lujo con que visten y por su escesivo número.—En cuanto á su sensibilidad, es probada.—Yo sé ya que en *San Petronio* hay un bajo relieve, hecho por una célebre boloñesa, pintora, escultora, grabadora y música, llamada *Properzia Rossi*, en el cual esta Sapho de las artes se ha retratado bajo la forma de Putifar, reteniendo por la capa á un José, en el que todo el mundo reconoció á cierto mancebo de quien la artista estaba perdidamente enamorada.—La historia, por su parte, cuenta que cuando el rey Enzius estaba prisionero en Bolonia, una señorita de la poblacion, *Lucia Ventagoli*, visitaba secretamente al real cautivo, añadiendo la tradicion que aquellas melodramáticas entrevistas dieron origen á la ilustre familia Bentivoglio.—¡Benemérita ciudad!

A todo esto, se me olvidaba decir que encima de todas las puertas de Bolonia hay un gran cartel impreso, que dice: ¡*Ewiva il nostro legítimo re Vittorio-Emanuele!*! que en todos los balcones se ven todavía banderas italianas; que en las esquinas se leen anuncios de historias de la dominacion pontificia, cuyos títulos erizan el cabello; que los muchísimos sacerdotes que discurren por las calles, vestidos de aquella elegante manera que describimos al pasar por Novara, llevan en el sombrero una escarapela tricolor, y que las dos ó tres personas á quienes he hablado del gobierno papal, me han respondido con terribles aspavientos: «*Eso no volverá...* Nosotros nacimos y moriremos católicos... Pero *eso no volverá*, y antes pereceremos ó emigraremos al fin del mundo que volver á tolerar el despotismo del clero apoyado en los austriacos.»

Y yo me pregunto:—¿Qué diablos habrán hecho aquí las autoridades romanas, que tan mal las quieren?

Lo que las autoridades romanas habian hecho en Bolonia, puede resumirse en una frase: *Se habian aliado con los enemigos de la patria.*

¿Por qué, si esas autoridades eran italianas y gobernaban á italianos, consideraban un crimen el grito de *viva Italia!*?

Ni es esto todo: durante la guerra del año pasado, esos hombres pedian á Dios que otorgase la victoria á los tudescos, á los extranjeros, á los opresores de Venecia y de Milan, y que se la negase á las águilas latinas!—¡Hacian lo que los *afrancesados* de España en 1808; pero de una manera mas cínica, mas descarada, mas blasfema!—¡Inconcebible ceguedad!

Con que sigamos adelante.

Ante todas cosas, almuerzo en el *Hotel Brun*, que en otro tiempo fue Templo de Júpiter.—Así lo reza al menos con grandes letras de oro una lápida de mármol, fija en una pared del portal.—Mucho me enorgullece esta circunstancia.

Despues, calculando que es posible (por las razones que os diré despues) que abandone esta misma tarde la ciudad, cojo mi equipaje y me establezco con él en un coche de plaza.—Este coche será, por lo tanto, mi único alojamiento en Bolonia.

Mi primera visita es á las *Torres inclinadas*.

Estas se hallan casi juntas, en medio de la ciudad, en la confluencia de cinco

anchurosas calles, y ambas fueron construidas casi al mismo tiempo, en 1109 y 1110, la una por la familia *Asinelli* y la otra por los hermanos *Garisandi*.

Al encontrarme debajo de ellas, experimento un vértigo y un espanto que no puedo dominar. Paréceme que me amenazan, que se mueven, que se caen sobre mí, que van á aniquilarme. Yo no comprendo como hay quien viva en las casas que se levantan en torno de estas dos *espadas de Damocles*. Ni menos me esplico como *Asinelli* y *Garisenda* se tienen de pie, ó sea *sobre un solo pie*, hace tantos cientos de años!

La torre *Asinelli*, que como os he dicho es la mayor, se eleva á una altura de 102 metros, y tiene cerca de metro y medio de inclinacion fuera de la perpendicular.

La altura de la *Garisenda* es de 42 metros, con dos metros y medio de inclinacion hácia el Este y medio hácia el Sur.

El remate de esta es cuadrado. La otra, mas elegante en todo, termina en una especie de cúpula que sostiene una enorme cruz de hierro.

En 1779 hubo un terremoto en Bolonia, y todo el mundo temió que las dos torres viniesen abajo. Pero medidas al dia siguiente, se encontró que su inclinacion no habia aumentado ni en una línea.

Algunos años despues, en 1815, volvieron á ser medidas, y entonces se advirtió que la *Garisenda* se habia inclinado desde 1779 cerca de medio metro!...

¡Y aun hay quien viva y duerma á su sombra!

Desde las torres, tomo por la *Strada di San Donato* y me dirijo á la *Academia de Bellas Artes*.

La *Galeria de cuadros* de esta academia es una de las mas importantes de Italia, puesto que posee las principales obras de la escuela boloñesa.

Aquí admiro dos cuadros de *Francesco Raibolini*, vulgo *Francia*, el mas original y acaso tambien el mas ilustre pintor de Bolonia.

Estos dos cuadros son una *Madonna* y un *San Sebastián*.

Francia es un artista lleno de unción, de misticismo, de poesia. Recuerda á Beato Angelico y á Perugino, y escede en ternura al mismo Rafael. Casi todas sus obras maestras se hallan en Viena y Munich. Sin embargo, todavía encontraremos algunas de ellas en el Mediodía de Italia.

Los otros grandes pintores de la escuela boloñesa carecen de originalidad, de espíritu propio. Enclavada esta ciudad entre Venecia, Milan, Florencia y Parma, sus artistas reflejan indistintamente la inspiracion de Ticiano, Vinci, Rafael y Corregio. De aquí la calificacion de *plagiarios* que se ha dado á los grandes maestros de Bolonia.

Agustín Caracci, el menor de los tres pintores de este apellido, tiene aquí dos magníficos cuadros: *la Última comunión de San Gerónimo* y *la Asuncion*.

Este es un plagio servil de la *Asunta* de Ticiano que hemos visto en Venecia.

El otro ha sido plagiado á su vez por *Dominiquino*.

Y ¡cosa estraña! los dos plagios son superiores á sus modelos.—La *Asuncion* de Caracci es mas ideal, mas vehemente, mas viva, y por supuesto mas

religiosa que la de Ticiano.—La *Última comunión* del Dominiquino (que se halla en el Vaticano, en frente de la *Trasfiguracion* de Rafael, y que al decir de algunos, la eclipsa y oscurece) goza de una celebridad que no ha alcanzado ni con mucho la *Última comunión* de Caracci.

Luis Caracci, primo del anterior, tiene en este museo una obra de primer orden,—la *Virgen de la Gloria*;—pero los boloñeses le dan mucha mas importancia á la *Madonna della Pietá* de Guido Reni, que ocupa el lugar preferente de la galería.

Yo creo que en este juicio ha entrado por mucho la devocion; pues hay que tener presente que en la parte baja del cuadro de Guido figuran los santos patronos de Bolonia.

No diré lo mismo de su célebre *Crucificado*.

Este cuadro bastaria á la gloria de un artista.—Cristo está en agonía en la soledad del Gólgota. El pueblo y los verdugos se han marchado. Es de noche; pero no una noche natural, sino la noche milagrosa y terrible que vino sobre el mundo al espirar el Redentor. Las tinieblas del eclipse no podian ser pintadas por nadie mejor que por Guido Reni. *La luz incierta y pálida* que los criticos han censurado en todas sus obras, es aquí una belleza, lejos de ser un defecto. Diríase que el silencio, el horror y el luto del alma han encontrado colores en la paleta del artista. Jesus dirige los ojos al cielo por la última vez. Al pie de la cruz, la rubia pecadora, abrazada al leño, espresa admirablemente aquella singular pasion que es uno de los mas bellos afectos de esta sublime tragedia. María, de pie, clásica, hermosa, contando los últimos suspiros del moribundo, es la estatua del dolor mas grande que ha sufrido el corazón humano. ¡Qué nobleza! ¡Qué magestad en esa patética figura!—San Juan, el dulce y sensible apóstol, es hombre al fin, y como que protesta!—¡Supremo y angustioso instante! ¡Qué recogimiento! ¡Qué muda elocuencia! ¡Qué tinieblas en esas almas!—Parece imposible que haya tanta vida en tanta muerte.

Pero todavía no es esta la obra capital que encierra el museo...

Hé aquí á Rafael.—¡Hé aquí su *Santa Cecilia*!...—Cuando Rafael se inspira verdaderamente, todo calla, todo palidece, todo se marchita en torno suyo.

Santa Cecilia, rodeada de cuatro santos, uno de ellos San Pablo, oye un concierto de ángeles. Estos ángeles ocupan la parte alta del cuadro. La jóven siciliana y los bienaventurados que la cercan han caido en un delicioso éxtasis. Santa Cecilia, la inspirada música, la Euterpe cristiana, sostiene ya apenas el salterio, que se le cae de las manos... como vencido por aquella melodía de la Gloria. A sus pies se ven los instrumentos y atributos de la música terrestre, declarando tambien su impotencia y nulidad.

En este cuadro callan y lloran todos los personajes, como en el *Crucificado* de Guido; pero este recogimiento es glorioso; estas lágrimas son como un rocío del cielo; este silencio está lleno de voces, como el sueño del *medio-punto* de Murillo está lleno de vida eterna.

Santa Cecilia, bella sobre toda ponderacion, niña y santa, con la faz levanta